

VISION CRISTIANA DE LA HISTORIA

Las páginas siguientes, publicadas en el número correspondiente a septiembre de 1952 en *Stimmen der Zeit* bajo el título de "Christliche Schau der Geschichte", constituyen la respuesta a una interesante carta del pensador Zemb en que éste agradecía a su autor el envío del volumen primero de su gran obra *Formwandel und Probleme des Abendlandes* (1), a la vez que le formulaba algunas interrogaciones:

"...Aquí y allá me hace el efecto de que usted enreda demasiado exclusivamente de modo pragmático-histórico, de manera que la perspectiva profética queda algo al margen. Si su visión del universo es correcta, y eso querría yo ciertamente, ¿dónde descansa el sentido de aquellos períodos de cultura orientales, como el chino, por ejemplo? ¿Y la validez de sus Profetas? Si Dios es verdadero actuante en la historia y el Occidente ha recibido mediante Jesucristo una tarea concluyente ¿cómo puede entonces la cultura occidental tomar el mismo curso que las remotas páginas, de modo que desde 1500 el profeta es relevado por el profesor, al que hoy por lo demás sólo queda hacer el balance final? Si Cristo permanece operante en la Iglesia, ¿cómo es posible entonces ese descenso de la cultura producido de manera tan casi mecánicamente consecuente?"

"Todo esto son cuestiones que le someto..."

Se hace el honor de presentar la introducción del primer tomo de mi *Historia Universal* en paralelismo con el *Discurso del Método*, de Descartes. El *Método* tiene que agradecer su decisiva trascendencia al hecho de haber colocado la piedra angular de la imagen mecanicista del universo contemporánea y que ella, con ayuda de la explicación causal mecánica ha conseguido predecir con acierto innumerables precedentes en el acontecer de la Naturaleza. Con otras palabras, ha puesto al profesor en situación de desempeñar el oficio de profeta y la reputación actual de la ciencia, la credibilidad científica del moderno "intelectual", descansa esencialmente so-

(1) ENNEKE, Werner. *Formwandel und Probleme des Abendlandes*. Ein universalhistorischer Versuch. Eugen Hauchler Verlag, Biberach Riss, 1. Band, s. d., Vom Stadtstaat zum Heiligen Reich.

bre la correcta predicción del profesor. Un ejemplo característico de la poderosa influencia del *Método*, incluso en nuestros días, fué el intento de Spengler de predeterminar la Historia, una temeridad sobre cuyo desacierto los técnicos correspondientes están hoy ciertamente bastante de acuerdo, en lo que sin embargo culmina una errónea dirección espiritual y sobre la que se podría sentar el conocido dicho: "es locura, pero con método".

Mi interpretación de la Historia parte, por el contrario, del convencimiento de que no es posible predeterminarla. Si fuésemos capaces de ello seríamos Dios, que ha proyectado el plan de la Divina Comedia que llamamos Historia, mientras nosotros, como insignificantes comparsas en escena, sólo somos capaces de malrepetrir las palabras de entrada que algún apuntador sopla tras las bambalinas. Yo niego, sin embargo, no sólo la predeterminabilidad de la Historia, sino también la competencia del análisis causal mecánico para el dominio total de la creación animada. Porque aquí descansa —o descansó, a lo menos hasta hace poco— el presuntuoso error de la ciencia moderna, que pretendía la aplicabilidad para toda la creación de un *Método* que, de hecho, sólo es utilizable para el dominio de la naturaleza inorgánica, mientras su fallo se hace tanto más patente cuanto más alto en la jerarquía se encuentre el objeto cuyo análisis se intenta. Las predicciones de sus leyes tanto más numerosas, cuanto más alto esté el nivel axiológico del objeto investigado, de modo que su *Método* falla tanto más, allí donde se trate de mostrar al hombre un fin para el que le interese vivir, y dado el caso, incluso morir. Metafísicamente considerado ese fallo de la ciencia hay evidentemente que explicarlo, porque el hombre está menos llamado a un análisis causal de la creación que a darla un sentido y realizar ese sentido no está llamado el profesor, sino más bien el profeta, el descubridor de lo por venir y de lo que compromete "sub specie aeternitatis".

Con lo que queda mostrado no está, sin duda, establecida todavía en manera alguna la afirmación de que la ciencia no pueda alcanzar a descubrir también en el dominio de la Historia ciertas regularidades que nos pusieran en situación de hacer predicciones acertadas en determinados dominios parciales de la vida o explicar claramente determinados precedentes del pasado. Que el aumento de la circulación monetaria tiene que conducir a un encarecimiento, es para nosotros, que conocemos las leyes de la economía nacional, algo en sí mismo evidente. Otras épocas, que aún no conocían esas leyes, estuvieron desamparadas frente a las crisis económicas que vivían y algunos las aceptaron como fatum inexplicable, cuando nosotros vemos simplemente un transcurso normal. Así no sólo es verosímil, sino incluso probable que, mediante el progreso

de la ciencia, encuentren todavía su solución algunos enigmas del pretérito y se haga posible, por otra parte, un obrar todavía más fuertemente acentuado en sentido teleológico en relación con el futuro. Únicamente no se conseguirá nunca, aun en ese caso, predeterminar la Historia, porque en la Historia no sólo hay leyes naturales universalmente valaderas, sino también personas que obran en libertad de un modo o de otro y excepcionales intervenciones de la gracia. Púedese, incluso, decir que el fenómeno de la Historia consiste en la sucesión del hacer libre y esa excepcional intervención de la gracia, porque ellos son los que accionan la evolución histórica, mientras en otro caso se quedaría en aquellos, en sentido metafísico, ciclos sin sentido, en las cuales consiste la vida animal que desconoce la historia. La vida animal es un retorno de lo eternamente igual, el etérnamente nuevo juego del nacimiento, ejercicio de las tendencias naturales y rápida muerte. La vida humana comprende ciertamente ese ciclo también, junto a ello, sin embargo, la vida de la humanidad colectiva es un proceso dirigido en el que hay una evolución espiritual, un crecimiento anímico y un renacimiento del hombre, fiel trasunto de Dios. Sin embargo, también en la vida de la humanidad colectiva tienen lugar determinados ciclos y el transcurso de esos ciclos, dentro de ciertos límites, es calculable por la ciencia o asequible, por lo menos, a su mirada.

La morfología de la Cultura, una ciencia que comienza aproximadamente con el italiano Giambattista Vico (+ 1744) y en el tiempo más moderno ha encontrado notables representantes en Spengler y Toynbee, ha alcanzado a clarificar un ciclo histórico espiritual que se reencuentra casi en todas las culturas del pasado. Es el ciclo que se adelanta en el cambio periódico de las épocas creyentes a la incrédulas, de las religiosamente entusiastas a las civilizadoras, para terminar con la quiebra social y la irrupción de pueblos naturales jóvenes que son menos sensibles a la ciencia que a la religión y hacer posible con ello una nueva edad de fe. Vico entendió ese ciclo como una manifestación de la Providencia, Spengler lo tomó como un fatum, mientras yo veo en él un suceso que se deja, no difícilmente, explicar desde la esencia del alma humana. El alma humana está constituida de tal modo que la miseria le enseña a rezar, mientras en los tiempos de relativa seguridad se inclina por planes y cálculos soberanos. Que está necesitado de la protección de Dios, lo experimenta diariamente el hombre de los caóticos primeros tiempos, mientras en los tardíos, aparentemente ordenados, cree poder prescindir de El. Desde este estado de cosas se explica el "compás binario" histórico-cultural como yo lo llamo, esto es, el fenómeno de la religión teocéntrica o la ciencia antropocéntrica, asumiendo por turno la rectoría de la humanidad. Para la explicación

de la decadencia de las culturas no necesitamos, por consiguiente, la aceptación de causas sobrenaturales, sí, en cambio, para la explicación de su ascenso. Que el hombre se aleje de Dios es una consecuencia natural de su pecado original. Que vuelva a El es una obra de la gracia. La decadencia, incluso de la cultura occidental cristiana, fué en cierto sentido un proceso regular recorrido análogamente a los ciclos de otras culturas. Un renacimiento de la cultura occidental cristiana, si se lograse, sería algo excepcional y totalmente nuevo en la Historia.

Con estas observaciones fundamentales, creo ya haber contestado suficientemente a las objeciones contra mi perspectiva de la Historia. Se encuentra dificultad en que yo, simultáneamente, acentúo la excepcionalidad del mensaje de Cristo y a pesar de ello veo como un ciclo la trayectoria de la cultura occidental. A mí me parece que ahí nos dejamos llevar por la idea de que el sistema entero de la creación tendría que moverse en línea recta e ininterrumpida sobre la palabra eterna, "sobre la que los eones están ordenados" y se tendría que poder comprobar y medir estadísticamente de un siglo a otro los progresos en este movimiento. Pero, aunque la Historia considerada como todo, represente indudable un proceso dirigido, ¿son entonces por eso ajenos a ella los ciclos legales naturales? ¿No se dan a pesar de esto en ella los ininterrumpidos ciclos de nacimiento y muerte en los individuos y florecimiento y caída de pueblos e imperios? Evidentemente en modo alguno se excluyen mutuamente lo excepcional y los ciclos de la Historia y, aparte de eso, los ciclos históricos de las culturas no significan todavía en manera alguna un retorno de lo eternamente igual. Nuestra crisis cultural tiene una fisonomía totalmente diferente a la de la crisis de la cultura clásica y encontrará —en tanto llegue a ella— una solución completamente distinta a la que encontró la crisis del mundo antiguo. Porque ni tenemos una nueva Revelación que esperar, que pudiese sustituir al Evangelio de Cristo, ni hay dispuestos, fuera del mundo civilizado, pueblos jóvenes culturalmente capaces que sean aptos para construir una nueva sobre los escombros de la cultura occidental. Nuestra situación es, pues, en todo aspecto excepcional e incomparable y una renovación de nuestra cultura no puede esperarse de nuevas religiones o razas, sino solamente de la superación del mundo de ideas que ha producido esta enorme catástrofe, ante todo, por consiguiente, de la victoria sobre el mundo intelectual del siglo XVIII. El racionalismo atéístico de este mundo intelectual corresponde ciertamente en bastante a la imagen del mundo del clasicismo tardío, cuya sociedad creyó igualmente encontrar en la religión de la humanidad un sucedáneo para el temor de Dios, del "mos maiorum". También se descubre, yendo más lejos, el ideal sociológico del clasicismo que muere, al que tam-

bién nosotros aspiramos, con lo que tanto aquí como allí aparece como objetivo capital del arte de los estadistas la felicidad intramundana de las masas.

Nuestra situación histórico-espiritual, entretanto, es completamente distinta en cuanto nosotros conocemos todos ciertamente la religión que nos enseña a despreciar lo intramundano; pero no apreciamos y perseguimos, como sucedáneo de la religión, un ideal de progreso social que no es más que una autodefraudación. Sobre ese sucedáneo de la religión reacciona ciertamente la Historia universal con catástrofes siempre nuevas. Sin embargo, hasta hoy no se le ha conseguido a la cristiandad el retener a los pueblos de la prosecución de los "ideales" que están abiertamente en contradicción con el sentido metafísico de la Historia y el ganar la batalla contra una forma de vivir social que hace imposible una vida propia llena de sentido.

En el volumen primero de mi Historia universal he mostrado cómo la civitas máxima del mundo clásico se cambia y transforma en primer lugar por la intervención de nuevos contenidos de sentido religioso, en segundo, por la irrupción de una raza de conquistadores que sustituye la estructura social republicana de la ciudad clásica por la jerárquica del Sacro Imperio. Mediante la jerarquía "de los santos y los caballeros", en la Edad Media alcanzó reconocimiento una nueva concepción del sentido de la vida, que Dante señala como "asimilación del género humano con Dios". La Ilustración humorística y la científico-natural han allanado otra vez esa jerarquía medieval junto con su concepción del sentido y mecanizado la vida social en una manera que sobrepasa ampliamente la medida alcanzada en el clasicismo tardío. Sin embargo, no se puede decir que también la historia espiritual de Occidente se haya detenido en la versión mecanicista del mundo de la Ilustración. Más bien cabe hablar, al perseguir la sucesiva formación de la *versión científica del mundo en los tres últimos siglos*, de un progresivo abandono de la explicación mecanicista del universo. En el principio está la concepción del mundo puramente mecanicista de Descartes, luego llama Leibniz la atención sobre el principio formal teleológico del organismo, hacia 1800 se descubre la Historia de las ideas como principio informador de la vida y hacia 1900 comienza la marcha victoriosa de la Filosofía de los valores que intenta abrazar las formas de vida como objetivaciones de determinadas categorías axiológicas. Cuanto más rectifican la ciencia natural orgánica y las ciencias culturales, la versión del mundo de la ciencia natural inorgánica, tanto más claramente aparecen los factores rectores teleológicos que fundamentan la estructura de la creación total, tanto más se demuestra la ordenación del mundo sensible sobre otro suprasensible y tanto más determi-

nadamente, tras las apariencias pasajeras, se acusan las causas reales de un mundo imperecedero que, paso a paso, elevan los ciclos de la naturaleza a un plano más alto y los hacen servidores de una prestación de sentido sobrenatural a la vida.

Teóricamente, pues, hemos superado en gran parte la versión mecanicista del mundo de la Ilustración y esa superación representa, sin duda, algo histórico, excepcional, lo cual, el clasicismo tardío, por ejemplo, en ningún caso hubiera alcanzado con medios científicos si no hubiese venido en su ayuda la revelación cristiana. De ahí vemos que de hecho el Occidente "ha recibido por Jesucristo una tarea concluyente", en tanto se nos ha dado un seguro principio para ordenar la Historia de la naturaleza en la de la Redención, reconocer rectamente nuestros síntomas de degeneración intelectual y social y dirigirnos a su curación con perspectivas de éxito. Nuestra enfermedad era la fe en la versión del universo de la ciencia natural, sus leyes y ciclos "eternos" y la reproducción de sus regularidades en el moderno Estado de autómatas de los capitanes de industria; burócratas y funcionarios del partido que "someten a cálculo a los hombres como se somete a cálculo una cosa inanimada. Nuestra esperanza es la restauración de un "corpus christianum" social en el que domine otra vez una viva relación de tú a yo entre directores y dirigidos y, como común finalidad, sea reconocida aquella "asimilación del género humano con Dios" en la que también creyó la Edad Media y a la que debemos la construcción de nuestra cultura occidental.

Nuestra situación histórica es, pues, excepcional tanto por su lado negativo como por el positivo. Ya no podemos contar con las extraordinarias ayudas de la Providencia, tal como a la humanidad le cupo en suerte a la salida de la Historia de la cultura clásica. Pero, en cambio, nuestra comprensión de las condiciones bajo las cuales puede ante todo mantenerse una comunidad histórica, ha avanzado lo suficientemente lejos para comprender la imposibilidad de una concepción del sentido de la vida puramente civilizada y desarrollar, a partir de las fuentes de la tradición cristiana, en unión con una aguda comprensión filosófico-histórica, las líneas orientadoras de una nueva construcción social.

La idea rectora de mi ensayo histórico universal era destacar del conjunto del material fáctico de la historia, aquello que es de interés para la solución del problema actual, perseguir en primera línea, por consiguiente, los continuos intentos y fracasos del espíritu humano en la realización de la idea de la ciudad de Dios. Porque la vivencia del presente consiste esencialmente en eso, en el fracaso de la idea de la ciudad de Dios en los puritanos ingleses del siglo xvii y los filósofos franceses del xviii, así que no es anacrónico, sin duda, si el pueblo del

antiguo Sacro Imperio se esfuerza también por su parte por una idea de la Ciudad de Dios; que corrija los insuficiencias de los concepciones situadas en la quiebra. En ello, para descripción de mis ideas, me he referido siempre a las culturas asiáticas únicamente en cuanto eran de interés para la intelección de la Historia de la Cultura occidental, así, por ejemplo, a la iraní en cuanto es determinante de la helénica, a la árabe en cuanto lo es de la gótica, a la china en cuanto lo es de la cultura del Rococó. Para un tratamiento independiente de estas culturas no había para mí ningún motivo por una simple razón, porque yo, en contradicción con Spengler y Toynbee, no trato de escribir ninguna historia de los ciclos, sino una historia de aquel excepcional proceso que el profundo Hugo de S. Víctor (+1141) ha señalado como *opus restaurationis* y apunta al Renacimiento del hombre asemejado a Dios.

Por eso, esta específicamente cristiana perspectiva universal, intentó destruirla como es sabido Voltaire, que en su exposición histórica introdujo las culturas extraeuropeas y discutió con ello la primacía de la cristiano-occidental y el privilegio de la excepcionalidad. Por el contrario, yo considero que sub specie aeternitatis contemplado, sólo hay un único círculo de cultura, el cristiano-occidental precisamente y que de la solución o no solución de sus problemas depende el destino del universo entero. Porque, ¿de quién son, en fin de cuentas, los problemas por los que hoy se lucha en los campos de batalla del lejano y el próximo Oriente? Evidentemente no otros sino los nuestros. ¿Qué programas de futuro, concepciones del universo y conceptos del Derecho rondan hoy por las cabezas de todos los pueblos y razas? Ningunos sino los nuestros, y con esto está suficientemente aclarado que sólo hay una historia, justamente la historia de aquella cultura cuyas obras están animadas por la ratio de la sabiduría universal helénica y el espíritu de la Revelación bíblica.

Sin duda, que si se me pregunta si doy ya por asegurado el renacimiento de una cultura cristiano-occidental, tengo que confesar que yo, fuera de la recusación del determinismo científico natural, más acá de la libertad de la decisión humana, no quisiera trazar ninguna frontera. Yo he resaltado en mi libro que el género humano, en su peregrinaje por los siglos, no está simplemente en medio de una evolución, sino también siempre ante una decisión o, de otra manera expresado, que podríamos contar con una sucesiva evolución ascendente espiritual si nuestra decisión moral cayese dentro del sentido de la intención histórica redentora de Dios.

La gracia es ciertamente ofrecida por Dios a todos los hombres, pero a nadie impuesta y si considero mis propias experiencias en los siete años siguientes al fin de la guerra, tengo que decir que todavía no he encontrado diez justos en los

que pueda señalarse un cambio de espíritu apreciable como reacción a la catástrofe del presente. El motivo de ello no yace, sin duda, simplemente en la "renitencia" del hombre individual, sino, junto a otras circunstancias, en la mecanización, también de nuestro sistema de formación, que mantiene artificialmente en la vida ilusiones e "ideales" que pertenecen a una época de la historia universal hace ya largo tiempo juzgada y declara maduros a sus discípulos cuando han probado que están ya seriamente decididos a aceptar como verdad las mentiras vitales del liberalismo.

Nuestro sistema de formación con esto se diferencia sólo gradualmente, pero no en manera esencial del de los estados satélites orientales y, como la idea bolchevique es inatacable por la bomba atómica, no veo cómo el Occidente cristiano pretenda escapar de un peligro que él mismo ha provocado y para cuya lucha, hasta esta hora, apenas ha dispuesto todavía los preparativos necesarios. En todo caso esta censura no sólo alcanza al sistema de formación estatal, sino al eclesiástico también, porque por parte de todas las confesiones cristianas, hasta aquí, se ha hecho poco para combatir una idea de progreso que está en abierta contradicción con la idea del progreso cristiano, esto es, el progreso en la consacratio mundi y que hasta ahora ha conducido exclusivamente a desatar fuerzas demoníacas que en el siglo del Sacro Imperio estaban benéficamente encadenadas.

Tanto más obligado a gratitud estoy con quienes me conceden la consoladora prueba de que incluso en nuestro mecanizado tiempo hay todavía hombres que se sienten solicitados por una interpretación cristiana de la historia y están interesados en ello, a contribuir a la victoria de las verdades sobre cuyo reconocimiento ha descansado la grandeza de la cultura occidental. No me hago la ilusión de que expresar esas verdades sea un mérito. Porque profundizar en la contemplación de lo eterno no significa sacrificio, sino placer y alegría para el que le toca en suerte. Requiere, en cambio, ciertamente voluntad de sacrificio y puede ser meritorio en un ambiente que desde la ignorancia o la mala voluntad se resiste al reconocimiento de la verdad, conservar la imposibilidad y tener presente las palabras de que el servidor de la verdad es odiado por el mundo lo mismo que su Maestro ha sido con odio correspondido.

WERNER HENNEKE